



**RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA COLECTIVA DEL DISTRITO BIOLLEY.
ALGUNOS ANTECEDENTES DE LAS FAMILIAS Y DE LAS
COMUNIDADES DEL DISTRITO CON BASE EN ARTEFACTOS
QUE TEJEN LA HISTORIA.**

Abril, 2023

COMPILADORES

Tirso Maldonado Ulloa

Priscila Mena García

972.86

M244r

Maldonado Ulloa, T.

Reconstrucción histórica colectiva del distrito Biolley: algunos antecedentes de las familias y de las comunidades del distrito con base en artefactos que tejen la historia. Compiladores Tirso Maldonado Ulloa; Priscila Mena García.

Documento que forma parte del componente de Extensión del Programa Centro de Investigación, Docencia, Extensión y Producción de la Sede Regional Brunca (CIDEP-SRB). – 1era. Edición -- Pérez Zeledón, Costa Rica, Universidad Nacional, 2023.

61 páginas: ilustraciones a color

ISBN: 978-9930-9784-3-6

1. HISTORIA. 2. NARRACIÓN 3. EDUCACIÓN SUPERIOR 3. IDENTIDAD CULTURAL
4. EXTENSIÓN 5. DESARROLLO DE LA COMUNIDAD 1. Título
2. Priscila Mena García

Este documento forma parte del componente de extensión del programa Centro de Investigación, Docencia, Extensión y Producción de la Sede Regional Brunca (CIDEP-SRB).



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados 4.0 Internacional

ISBN: 978-9930-9784-3-6





TABLA DE CONTENIDOS

Introducción	5
La máquina de coser de mi abuelo por Ana Gabriela Muñoz Mendoza	8
La sierra metálica del aserradero Gromaco por Bienvenido Álvarez Rojas	13
El martillo de mi padre por Álvaro Jiménez Alvarado	15
La plancha de mi abuela por Brunilda Batista Santos	20
El riel del aserradero Gromaco por Silvano Monge Navarro	23
La máquina de escribir de Carmen por Jimmy Ureña Quirós	26
El chancador de café por Danilo Loría Mena	31
El chancador de café por Daniel Rojas Angulo	35
La montura por Minor Sibaja Loría	39
Historia de Vicente Rodríguez y su esposa	43
La salud comunitaria en Biolley por Lillian Solt	47
Algunas reflexiones	51
Anexos	56
Anexo 1. Algunos datos del distrito Biolley	
Anexo 2. Invitación conjunta	



INTRODUCCIÓN

La reconstrucción histórica colectiva es una herramienta que facilita compartir experiencias, vivencias, saberes, luchas, formas de organización, recuerdos vividos o aprendidos y que contribuyen en el conocimiento de un lugar o comunidad determinada. Su importancia como técnica participativa radica en que los actores sociales sientan que son quienes tejen su historia y por tanto su realidad social. Los eventos que se cuentan dependen de las personas que participan, su capacidad narrativa, materia que los convoca y de cómo se cuenta la historia. Esas historias constituyen parte de la memoria de una comunidad que actualmente por razones del uso de tecnologías digitales especialmente teléfonos celulares o televisores, va perdiendo oportunidades de encontrarse, conversar y recordar lo que la cotidianidad tejió y sigue tejiendo hoy.

En esta ocasión la convocatoria fue en torno a artefactos u objetos en manos de personas de la comunidad de Biolley. La idea surgió en una conversación sostenida entre dos académicos de la Universidad Nacional y tres líderes locales preocupados por los orígenes de los habitantes y sus aportes en la construcción de lo local, y el poco conocimiento que tiene la población del distrito Biolley, de sus orígenes y de las luchas que se han realizado en beneficio del distrito. Ambas personas académicas estaban desarrollando acciones de extensión e investigación relacionados con

el tema de qué ha pasado con personas de la comunidad, años después de haber participado en un proyecto de extensión universitaria ya finalizado. Uno de los académicos comentó su participación, en su época de estudiante universitario, en una actividad relacionada con artefactos y la narración que hacían las personas sobre ellos, y como se podía comenzar a escribir una historia que pudiera ser compartida con los integrantes de la comunidad. Los participantes en la conversación acordaron llevarlo a cabo. Entonces, se trata de una historia en construcción que puede cambiar en la medida que otras personas colaboran, complementan lo escrito o le dan un giro a lo narrado. Este documento forma parte del componente de extensión del programa Centro de Investigación, Docencia, Extensión y Producción de la Sede Regional Brunca (CIDEP-SRB).

Un primer grupo de personas y sus artefactos se reunieron, un 13 de julio de 2022, en la localidad llamada El Campo, en una lluviosa tarde (ver invitación en el Anexo 2). Las personas que narran cada historia, aunque de forma breve, van tejiendo una realidad compleja que, entre otros, se relaciona con sitios geográficos, situaciones de familia, experiencias de trabajos, participación en planes u organizaciones o sus aportes en la construcción de la comunidad.

En la figura siguiente se presentan algunas áreas geográficas amplias de las que migraron los narradores de historias, muchos de ellos provenientes de localidades del centro-norte de Costa Rica o del norte de Panamá, zona limítrofe con Costa Rica.



Áreas geográficas de procedencia de algunos narradores de historias, en Costa Rica y Panamá

Chiriquí, PANAMÁ



La máquina de coser de mi abuelo

Ana Gabriela Muñoz Mendoza

Quién narra esta historia es nieta de don Ramiro Villafuerte, oriundo de Guanacaste, nacido en Santa Bárbara de Santa Cruz un veintiséis de diciembre de 1922. Ana Gabriela es vecina de la comunidad El Campo.

Mi abuelo transcurrió su niñez como todo niño de aquella época. Para asistir a la escuela viajaba caminando más de dos horas, y más de dos horas de regreso, fuera con lluvia o con sol. El cursó hasta el segundo grado de escuela, pero esos dos años de escuela le sirvieron mucho porque aprendió a leer y a escribir muy bien y era muy bueno en las matemáticas.

Al cumplir dieciocho años ya tenía a su señora, doña Ana Mendoza, y se fueron a vivir a un lugar denominado Coloradito de Nandayure (Guanacaste). Ahí comenzó a trabajar mucho lo que era la madera, pero en su mente siempre estaba la costura y su deseo de ser sastre. Uno de sus objetivos era comprar una finca y tener su propia máquina de coser. Esto lo pudo lograr cuando ya tenía cuatro hijos. En ese tiempo las familias eran más numerosas y mi abuelo tuvo ocho hijos. Con la llegada del cuarto hijo, el trabajo y sus ahorros pudo comprar el terreno y la máquina de coser. Y, empezó a hacer diseños de pantalones con tiza y papel.



Mi abuelo decidió venirse a Biolley a sus 63 años, específicamente a la comunidad El Campo. Si bien esto sucedió en 1986, los caminos de acceso eran de barro. Tuvieron que caminar prácticamente desde Las Tablas hasta El Campo, pero su máquina de coser nunca la dejó, pues era la herramienta que daba sustento a su familia. En El Campo compró unas 40 manzanas de tierra, por las que pagó 5,000 colones. Y, su trabajo de sastre continuó. Les hizo ropa a varias familias, a los vecinos, y a todo aquel que llegara. Recuerdo que don Vicente Rodríguez era uno de los clientes fijos que él atendía. También a don Orendes Araya y mucha gente del lado de El Carmen eran sus clientes. A manera de ejemplo, un pantalón costaba en ese tiempo, siete colones, incluyendo la tela. Su trabajo le permitió ampliar sus tierras, y compró una parte de la finca que colinda con la comunidad El Campo, en donde se ubica la escuela.

Con el paso de los años la vista de mi abuelo comenzó a fallar, y a eso se agregó el padecimiento de Parkinson. Su trabajo de sastre ya no pudo continuar, pero le dijo a la familia “¡esa máquina nunca la vendan!”.



Esa máquina hoy en día tiene setenta años. Mi abuelo falleció hace unos dos años y al revisar sus cosas encontramos un montón de cositas, entre esas, una caja con botones, hilos, de allá por la década de 1970 o 1980.

Esa máquina de coser ayudó a vestir a muchos chiquitos de la comunidad. Los pantalones, en algún momento se hicieron con los sacos de harina, y los niños usaban pantalones hasta con las letras que venían impresas en esos sacos. La cuestión era que los niños anduvieran vestidos. Para nosotros, como familia, es un gran orgullo mantener esa máquina de coser porque ahí se ve reflejado el esfuerzo, la dedicación a la familia, el servicio que se le dio a la gente de la comunidad u otras personas que en ese entonces lo buscaban a él por ser tan buen sastre. No porque era mi abuelo, pero él era buen sastre y



aun así a sus noventa y seis años y con Parkinson pegaba sus botones a mano. Por todo lo que él fue y significó para nosotros el lema de nuestra familia es “que todo lo que se hace, se hace con el amor del abuelo”.



La sierra metálica del aserradero Gromaco

Bienvenido Álvarez Rojas



Llegué a esta comunidad hace 23 años, y me considero nuevo en estas tierras. Provengo de Guanacaste, exactamente de Guayabo de Bagaces, de Miravalles. Me vine a la zona sur, primero anduve por Ciudad Neily y después me vine a este distrito.

Yo rescato de esta comunidad el nombre del asentamiento que fue Gromaco. Esta era una hacienda originalmente en manos de “gringos” (estadounidenses), y posteriormente se transformó en un asentamiento campesino con el Instituto de Tierras y Colonización que ahora se denomina Instituto de Desarrollo Rural.

Yo quiero rescatar la historia de un disco de corta que se usó en el aserradero de la hacienda. Al momento que encontré ese disco, hablé con los dueños y lo compré para rescatar la tradición de lo que hubo aquí. Yo estimo que este disco de aserradero tiene alrededor de 65 años, y según

personas consultadas pudo haber sido construido por 1957 (el disco es de grandes dimensiones y se ilustra solo una pequeña sección en la imagen).

Yo me imagino que un artefacto de estos le dio de comer a muchas familias porque este disco de corta era una herramienta que usaban los “gringos” para trabajar, para sacar madera. Muchas personas, muchos vecinos de esta comunidad, se favorecieron con el trabajo del aserradero, ya sea para vender o comprar madera, construir sus casas u otras instalaciones.

Además del disco he rescatado otros objetos (muestra a su alrededor, pues la reunión se hizo en su restaurante que concentra muchos artefactos y objetos antiguos). Me gusta mantener la tradición y conservar objetos que son parte de la historia de la comunidad o del distrito.





El martillo de mi padre

Álvaro Jiménez Alvarado

Yo llegué a este lugar allá por 1980. El martillito a cuya historia me refiero, tiene 95 años en manos de la familia Jiménez Alvarado, tiene una historia muy bonita. Mi papá nació en el año 1910 y como en 1935 se lo encontró haciendo un trabajo en una mina. Mi padre fue minero por muchos años, y ese martillo tiene una



marca, que era la tenían los fierros en esa mina. En uno de sus trabajos y haciendo una ronda y unas cercas se lo encontró. Estaba en un potrero de la mina Moncada que queda bajando de San Ramón hacia Puntarenas. Hasta hace unos pocos años era posible ver el túnel de la mina.

El se casó en San Mateo, después se fue a trabajar a varios otros sitios mineros. Posteriormente, mis padres decidieron trasladarse a Cerro Azul, Nandayure, provincia de Guanacaste. En ese tiempo el medio de transporte era el tren, ya que no había vehículos. Al llegar en tren a Puntarenas se embarcaban en una lancha y se podía llegar a ese lugar, por otra vía se tardaba cerca de 14 horas.

Mi papá compró una finquita en Cerro Azul de Nandayure y ese martillo tiene todo ese recorrido. Posteriormente, decidió cambiar esa finquita por otra que se ubicaba por



el lado de Maizillal de Bejuco. Yo pienso que el finao de mi papá, quizá quería casi más a ese martillo que a mi mamá, porque él lo adoraba. Con ese martillo, vaya uno a saber, cuántas construcciones hizo mi papá. Cuando digo construcciones, me refiero más que todo a ranchos porque eso era lo que se usaba, ranchos con “estillones”, con palma y cosas así, el techo era de palma y las paredes eran de estillones o costillones (se

refiere a la madera obtenida de un tronco que se corta a lo largo con el fin de cuadrar la pieza, eliminando las irregularidades. La madera irregular que incluye la parte externa del tronco es el costillón). Tiempo después nos fuimos para Maizillal y ya por ahí vivimos veinte años. Mi papá decidió y siempre decía “yo quiero ir a morir a mi tierra”, entonces nos vinimos para acá, y aquí anduvo ese martillo.

En una ocasión la pasé mal, pues perdí ese martillo. Y estuvo perdido aquí en la comunidad (en el distrito Biolley) por casi tres años. Para poder encontrarlo ofrecí cinco mil colones como recompensa, eso cuando



la plata valía. Al final recuperé ese martillo, pero mis padres ya se habían ido para San Ramón. Y ahí fue a parar el martillo otra vez, cerca del lugar en que mi papá lo había encontrado. Al momento de su fallecimiento, los hijos comenzaron a repartirse algunas cosas. Yo dije “el martillo es mío” y me lo traje. Un hermano mío que vive en Agua

Buena, y que está muy enfermo, recibió de mi padre una cutacha (machete largo y con empuñadura como de espada que servía como defensa personal) que se usaba en la cruceta (cinturón), como andar ahora un teléfono celular o un reloj. A propósito, un sobrino me comentó que a mi hermano ya le habían ofrecido doscientos mil colones por esa cutacha, otro le ofreció trescientos mil, pero mi hermano dijo que no. Esa cutacha pasará a manos de mi sobrino, y no saldrá de la familia. Esa cutacha está como en el primer día. Hace unos ocho días tuve la oportunidad de tenerla en mis manos.

El cabo que tiene este martillo no es el original, ese puede tener unos cuarenta años por ahí porque cuando él se lo encontró estaba podrido, pero él se lo cambió como dos veces, ese que tiene ahora mi papá lo hizo.



La plancha de mi abuela

Brunilda Batista Santos

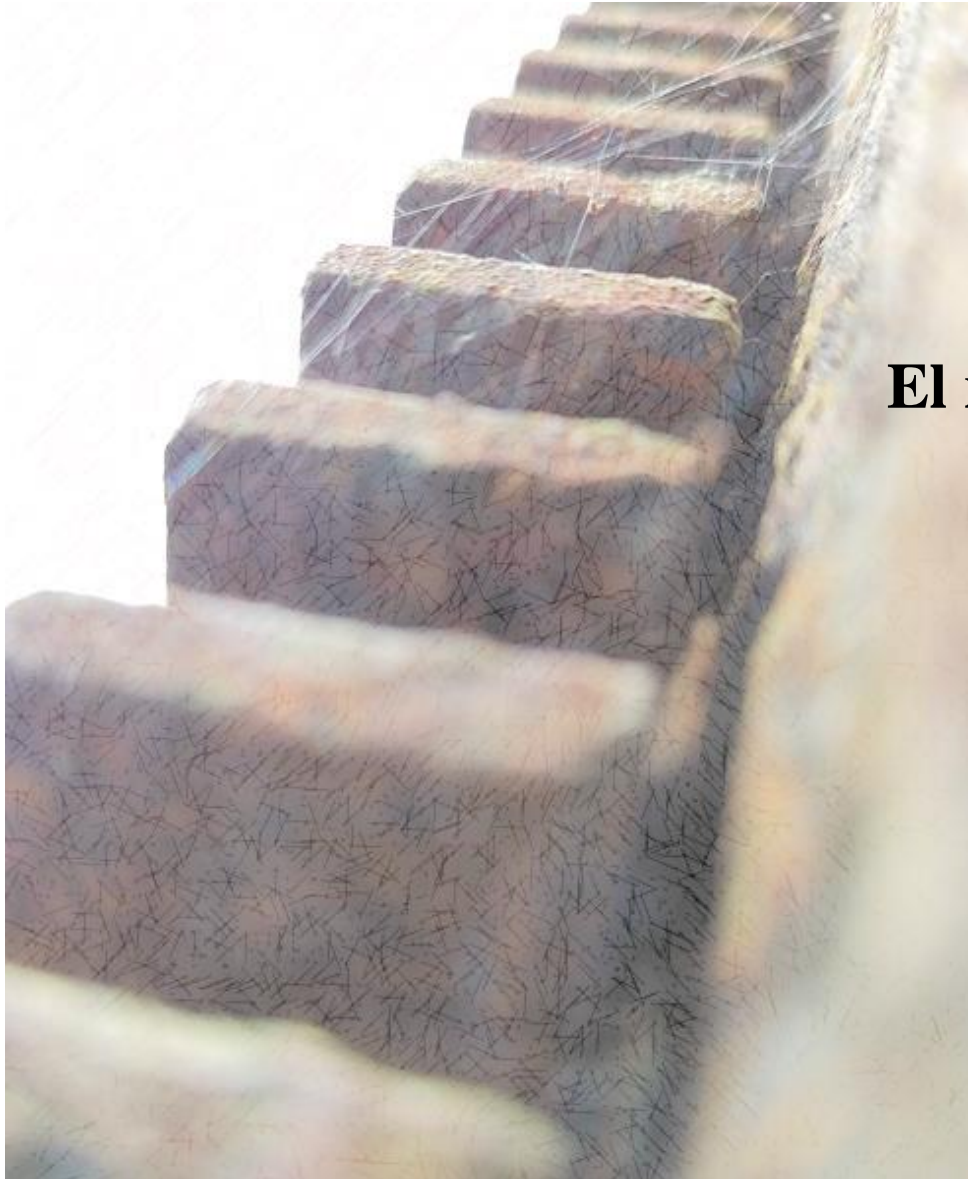
Esta plancha tiene mucha historia, era de mi abuelita, ella vino de Chiriquí, Panamá y vivíamos en Jabillo. En la familia la usábamos, y cuando yo me hice grande y lavaba ropa ajena, entonces yo la empecé a usar. Luego me casé en el setenta y siete, y ella me la regaló, yo me vine para acá (Biolley) ese mismo año. Me sirvió mucho la plancha porque aquí nadie tenía electricidad. Fue hasta en los 1990 que llegó la electricidad acá. Para aplanchar yo lo que hacía era hacer brasas y ponía la plancha encima y la calentaba para planchar la ropa de mis cinco hijos para que fueran a la escuela. Me gustaría restaurar la plancha porque la valoro mucho y la usé por muchos años.



También recuerdo de niña las comidas que hacíamos como el “chilate”, mi abuelita hacía una ollona grande y llegaba mucha gente, digamos la familia y les gustaba mucho. Le decíamos “chilate”, que era un maíz pilado, lo pelábamos con ceniza, cuando lo volvíamos a pilar echábamos la ceniza con un poquito de agua y lo pilábamos hasta que estuviera así en granito bastante picado y lo venteábamos, se le quitaba la

cascarita al maíz y lo poníamos a cocinar ya blanquitico, lo poníamos a cocinar hasta que quedara suavcito y después de ahí lo comíamos con dulce, le rallábamos el dulce y lo echábamos al vaso, le echamos leche y esa era una gran comida para todos.





El riel del aserradero Gromaco

Silvano Monge Navarro



Este riel está desde la década de 1960, cuando Gromaco llegó aquí. Tiene una extensión de unos tres metros, nadie lo cortó. El riel era empacado con tornillos, de hecho, ahí se le ve los empaques. El tipo de empaque era la línea de recorrido del carro, que ya para ese entonces movilizaba la tuca junto a la sierra, o sea que sin ese aparato no funcionaba, ahí se nota muy bien una corona dentada es otro riel atornillado al principal. Para entonces esas sierras tenían motor diésel, obviamente todo era motor de combustible y motores de verdad.

Entonces el carro de transporte de la tuca tenía dos recorridos, una marcha atrás y otra adelante, tenía su propio motor, nada que ver con el motor digamos del aserradero. Es decir que cada función tenía su motor propio, todo era mecánico. Esa línea yo sí logré conocerla bien, estaba montada sobre madera, sobre pilotes de madera, muy buenos. El riel tenía como unos treinta metros por lo menos de recorrido, porque recordemos que el sistema en las sierras de la actualidad es corredizo, sobre cinco metros sacan piezas de cinco metros, pero en esa ocasión como era la tuca la que recorría, para cinco metros tenían que recorrer diez metros, pero entonces ahí sacaban madera mucho más larga porque su recorrido era mucho más

largo. Las tucas ahí se montaban a base de tractor porque aquí había madera, hoy las tucas se mueven manualmente, y ya no queda madera bien gruesa.





La máquina de escribir de Carmen

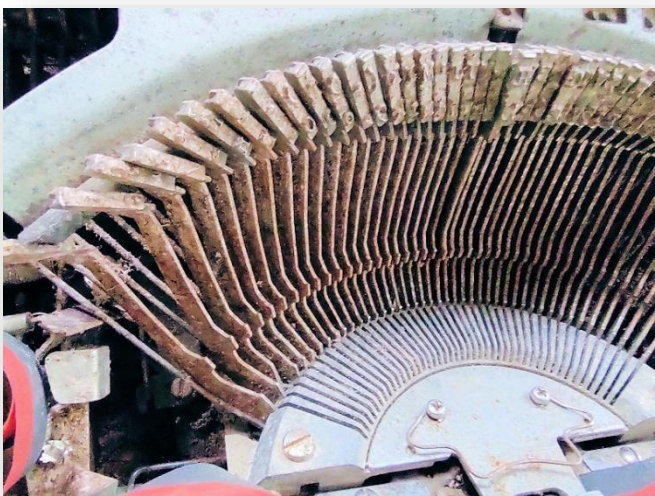
Jimmy Ureña Quirós



Llegamos a Biolley en mayo de 1989, pero primero a Sábalo y nos quedamos a vivir con la Familia de Alonso Guzmán y María Eugenia Artavia. Cuando llegamos veníamos con un embarazo y la máquina de escribir. La máquina de escribir fue muy importante para la familia y la comunidad. La máquina es de mi esposa Carmen, con ella fue al Colegio Técnico de Pérez Zeledón, donde sacó el título de secretariado.

Desde que nos asentamos en la zona la máquina comenzó a jugar un rol muy importante: con ella se escribían muchas cartas, planes y proyectos. Las cartas con que se solicitaron los acueductos del Carmen, Colorado, de Biolley y de La Puna que se construyeron en la década de los 90, fueron escritas con esa máquina de escribir. En los pueblos del sector de Colorado, como se nos conocía en ese tiempo, solo se contaba con esta máquina

y la de Carlos Zúñiga, quien vivía en Colorado. Cuando se daba una emergencia, yo iba a la casa de Carlos para escribir algún documento que se ocupaba rápido. Para eso servían esas máquinas en aquellos años.



Recuerdo que los líderes de las comunidades se reunían y planteaban sus ideas, entonces se decía que había que presentar los proyectos a la municipalidad o al gobierno, pero la gente no tenía nada escrito, todo lo llevaban en la cabeza. Fue cuando llegó una organización no gubernamental, conocida como Alforja, que se dedicaba a metodologías participativas y de planificación popular. Esta organización comenzó a apoyar a los líderes, organizando varios encuentros; eso ayudó mejorar las reuniones, se hacían memorias más ordenadas y se comenzaba a hablar de planificar el desarrollo de las

comunidades. En el año 1993, a Minor Sibaja lo invitaron a participar en una reunión de DEMUCA en Panamá (a finales de la década de 1980 surgió el Programa de Desarrollo Municipal de Centroamérica de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, conocido como Programa

DEMUCA), como una iniciativa de cooperación para acompañar los procesos de pacificación y democratización suscitados tras los Acuerdos de Paz en Centroamérica. Nuestro vecino Minor quería llevar algo escrito para mostrar las necesidades que los pueblos tenían; entonces, la Asociación realizó



una convocatoria a cuarenta líderes de todas las comunidades, desde La Puna hasta Bajo Coto. Entonces se decidió hacer un documento con el apoyo de Alforja, que fuera el plan de desarrollo de las comunidades. El asunto es que cuando llegó el día de la reunión, hubo un temporal con lluvia muy bravo y se cerró el paso por el Cerro de la Muerte y los de Alforja no pudieron llegar. Entonces Minor y yo decidimos seguir adelante con la convocatoria y elaboramos una agenda de emergencia, ya que habíamos aprendido metodologías participativas. Se hizo

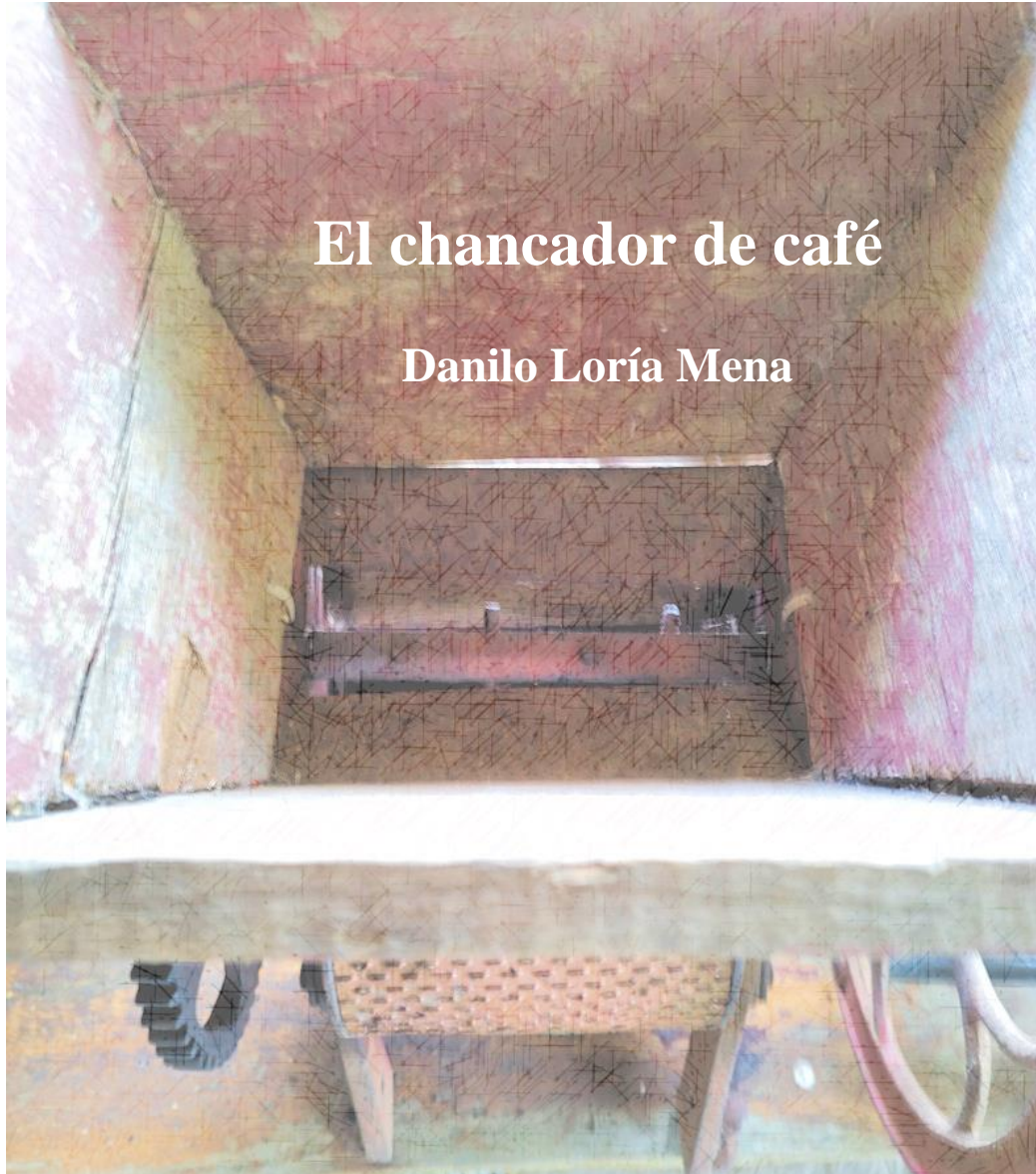
una invocación, después los pusimos a escribir en papelógrafos, primero a recordar las cosas que existían en sus comunidades 10 años antes. Después lo que tenían en el presente y cerramos con lo que querían tener 10 años después. Se leyó y comentó todo lo que se había escrito, se priorizaron y ordenaron los proyectos, en periodos de tres años, con esa información se escribió el primer Plan de Desarrollo del Sector de Colorado. Recuerdo que me llevé todos los papelógrafos y en la casa hice los

resúmenes y en varias noches elaboré el documento que Minor se llevó a Panamá. El documento se lo llevaron posteriormente los de Alforja y lo reprodujeron en fotocopias.

Creo que la importancia de la máquina de escribir no fue sólo fue para la familia, también fue para la comunidad porque permitió escribir muchos documentos con los que se gestionó el desarrollo comunal, hasta que llegaron las computadoras y con ellas se comenzó a escribir una nueva historia.

El chancador de café

Danilo Loría Mena





Hace 58 años llegué con mi familia, yo tenía seis años, cuando llegamos aquí, en ese entonces veníamos cuatro hermanos, los otros siete restantes ya nacieron aquí (en la imagen don Alejandro Loría Sibaja, padre de don Danilo). En ese entonces se pasaba el río Térraba en bote, como no había tanta gente pasando se tocaba un caracol para que el botero escuchara y nos viniera a pasar. El río Coto también se pasaba en bote y así luego se tomaba el camino para Potrero Grande así llegamos a Los Naranjos, ahí se fundó la primera escuela de todo el distrito, nosotros nos instalamos en Palo Alto así llamada antes la comunidad Los Naranjos. Fuimos a la escuela, y como familia sembrábamos granos como por ejemplo arroz, éste mi papá lo llevaba a Potrero Grande a vender. Años después que llegó la compañía Gromaco él le vendía aquí a la gente y vendía contrabando a ocho colones la botella (“contrabando” se refiere a aguardiente preparado

con base en caña de azúcar, pero elaborado de forma clandestina). Ese tiempo era tan bonito porque todos compartíamos, las casas eran ranchos de tablilla. Mi papá luego se pasó de Los Naranjos a La Puna, siendo una de las primeras personas colonizadoras de dicha comunidad, luego llegaron otras

familias. Para Colorado nos vinimos hace 32 años ya había más callejones, la Compañía ya se había ido. La familia y yo empezamos a sembrar café para surgir, aquí hubo un tiempo muy bueno para el café. La gente de la compañía Gromaco fueron los primeros en traer los chancadores, lo utilizaban para chancar café. Yo lo adquirí hace poco tiempo hace aproximadamente 10 años. Lo uso en este momento para chancar café para semilla y para el consumo de la familia. Para nosotros el chancador simboliza un recuerdo, que en su momento nos ayudó a impulsar la actividad cafetalera.





Hoy hemos logrado muchas cosas en el distrito, por ejemplo, el colegio, las escuelas en cada comunidad, servicios de electricidad, agua, caminos, EBAIS (centros de salud de atención primaria); así como emprendimientos y desarrollo turístico; hemos avanzado mucho pero siempre añoramos el compartir con los vecinos y las fiestas con todas las familias en donde no nos preocupaba la seguridad de nuestros bienes todos cuidábamos, era un lugar muy tranquilo.



El chancador de café

Daniel Rojas Angulo

Nosotros somos una familia proveniente de Cartago. Cuando mi familia llegó acá vivíamos en una casona, es donde vivió mi abuelo. Esta casona servía de bodega para guardar herramientas o cosas



del beneficio, de hecho, mi tío Benito era uno de los que manejaban uno de los camiones. Yo no sé si ustedes se acuerdan de que le decían el “zancudo”, era un camión grande en el que trasladaban el café de aquí a San Vito. El traslado era complejo, o sea una lucha porque era prácticamente un día para llegar a San Vito. Había que salir por potreros y caminos realmente difíciles. Hubo momentos en que llegaban y el río estaba tan crecido que no podían pasar, tenían que esperar que bajara el río para poder cruzarlo. Con el camión hubo momentos en que cruzando el río el carro se les quedaba pegado y tenían que descargar en medio río para poder agilizarlo y volver a cargar e ir hasta San Vito, descargar allá y esperar al otro día para regresar. De igual manera esperar que los

ríos estuvieran bajos para poder cruzarlos.



Este chancador es el reflejo de la actividad cafetalera que se ha realizado acá, desde hace muchas décadas. Y, que ha tenido luchas duras, es una actividad que ha sostenido muchas familias, se puede decir que en mucho tiempo ha sido la principal actividad económica. Pero, que ha tenido realmente mucha lucha, porque en ese tiempo no había carros, eran muy pocos. De hecho, cuando mi abuelo llegó acá, creo que el carro que ellos traían era un Toyota Land Cruiser era como el tercer carro que había en el distrito si no me equivoco (eran buenos para jalar café), todo era para el trabajo.

Este artefacto se conserva, es propiedad de mi papá, aún lo usamos. Este se usa para extraer la semilla del café, o sea uno le llama chancar, uno echa la fruta arriba por la tolva, le da vuelta por una polea manualmente, por este lado donde está la zaranda cae el grano, por el otro lado cae la cáscara, o sea es algo tan simple, pero extrae la semilla, entonces

nosotros la utilizamos para chancar el café, para consumo en la casa y cuando hay que sacar semilla también porque es una forma práctica.

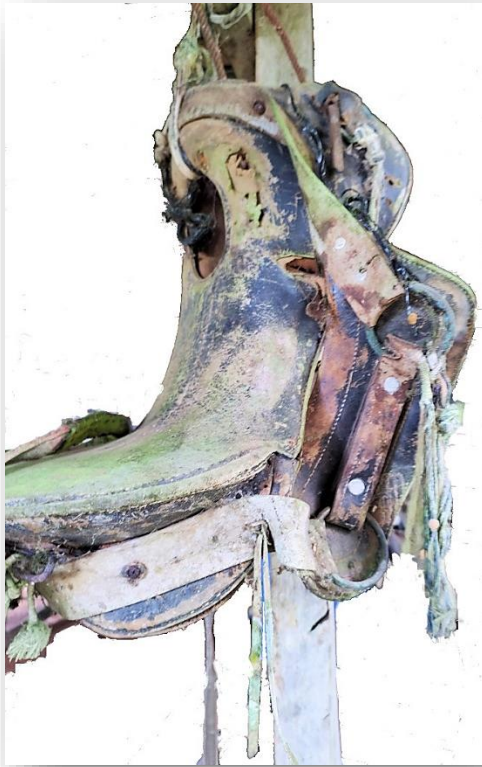


Rescato de la actividad cafetalera que recuerdo un café híbrido, un café que se sembraba, se puede decir que cada cuatro metros una calle, porque eran matas altísimas. Digamos se sembraba aquí y la mata se doblaba y había que ir a cogerla allá, pero era un café híbrido. Y cuando eso, pues los caminos no estaban en buenas condiciones, había que jalar el saco del café al hombro como dice uno de donde estaban los cafetales hasta donde hubiera un recibidor. Entonces, siempre ha sido una actividad que se puede decir que ha sostenido a la gente o por lo menos nos ha permitido el sustento.



La montura

Minor Sibaja Loría



Llegué a este distrito en 1968 aproximadamente, nosotros llegamos a La Puna porque mi papá venía también de Miramar de donde es él, y mi abuelo y el abuelo de Danilo vivía en La Puna, entonces llegamos ahí, arrecostados ahí con la familia como siempre. Yo creo que la familia es lo más grande que tenemos, y por ahí nos dieron un pedacito de tierra y por ahí comenzamos a trabajar.

El artefacto que presento es porque nosotros todo lo que producíamos pasaba por los lomos de los caballos, toda la producción tenía que pasar por esa montura. En ese tiempo sembrábamos maíz que yo no sé si ustedes lo recuerdan, nosotros vendíamos el maíz a 12 y 15 colones el quintal, el arroz valía 30 colones y los frijoles valían 40 o 45 colones. Nosotros sacábamos siete yeguas, siete caballos cargados de esa

provisión y la vendíamos en Potrero Grande, ahí estaban los comerciantes, ahí estaba don Hernán Sánchez. Bueno ahí estaba todo el montón de gente en Potrero Grande, usted podía llegar y habían 30

o 40 caballos amarrados en un solo árbol. Entonces por eso lo de la montura era tan importante y para ir a ver la novia, verdad, a caballo. Llegaba uno todo hediondo a caballo, pero bueno el que iba estrenando montura iba medio copetón porque llevaba una montura nueva, el caballillo con una buena percherilla.

Pero, también servía para transportar a la gente. El caballo fue fundamental durante mucho tiempo. Para hablar un poquito de la compañía yo todavía en esa época venía a vender tamales a Colorado, todavía la compañía no se había ido y nosotros cruzábamos de La Puna a Los Naranjos de ahí agarrábamos y subíamos un poquito y salíamos donde doña Otilia y de ahí agarrábamos aquí para Colorado. Cuando bajábamos es que habíamos vendido los tamales, y pasábamos a la “Pata de

Chancho” y nos comprábamos un tarro de leche condensada, y ahí lo consumíamos. Era comisariato, pero también vendían algo como guaro.



Yo duraba de Paso Real a La Puna caminando como unas cinco horas por ahí y era bueno para caminar porque estaba joven y el paso por los ríos era en bote por Paso Real y por Potrero Grande. Ni siquiera había balsa cuando eso, ahí fue que conquisté a mi novia. Esa es realmente la historia de la montura.

La vida era muy diferente, era mucho mejor, pienso que la calidad de vida era mejor, en el sentido que éramos más saludables y había más comunicación entre las familias.

Historia de Vicente Rodríguez Sibaja y Lilliam Sibaja Cruz, Biolley, 2023

Otros pioneros de Guanacaste son don Vicente Rodríguez y doña Lilliam Sibaja que viven ahora en Biolley. Llegó don Vicente con poco más de 13 años, hoy tiene 75 años, su esposa llegó hace 59 años, y esta su historia.

Era muy difícil, en aquellos años para comprar el diario había que ir a Potrero Grande o a Colorado ahí si había negocios, yo iba a pie y con la alforja, había muchos barreales que se formaban porque pasaban hasta 10 mulas por semana cargadas de mercadería. Yo me puse los primeros zapatos cuando tenía 16 años. No había escuela, pero no duró mucho en llegar. La primer maestra que llegó aquí se llamaba Juanita Beita. Yo estuve en esa escuela con 16 años. Era dura la vida, a veces nada se podía hacer. En la noche si se acababa el canfin (parafina, kerosene) mi mamá decía Vicente vaya y traiga un pedazo de pantalón y mi papá hacia una candela de cera de panal, con eso se alumbraba hasta tres días. Para comer carne había que cazar, más que nada saíno o tepezcuintle.

No había trabajo, para hacer algo de plata, yo iba donde Pedro Arauz a picar leña, me pagaba tres colones y la tamuga de dulce (dulce de caña de azúcar) valía tres colones, entonces yo sacaba guaro (aguardiente de caña de azúcar) y vendía la botella de guaro a cinco colones. En Colorado había mucha gente trabajando entonces ahí vendía las botellas de guaro, y así ganaba más plata.

El pueblo de Colorado se llamó Gromaco, hace más de 60 años estaba esa compañía, trabajé un tiempo en la casa de los gringos y me pagaban 18 colones por semana y me iba super bien. En Gromaco trabajó muchísima gente, era una empresa cafetalera, ahí funcionó un campo de aterrizaje, se llevaban el café en avioneta. Ellos vinieron a sembrar café y a cortar la madera (bosques naturales). Yo le ayudaba al gringo a cargar el café.

Gromaco hizo plata y luego se fueron, lo dejaron todo botado. Dejaron el aserradero, los carros, las vagonetas. Mucha gente quedó sin trabajo. Un peón en Gromaco se ganaba 300 colones al mes y pagaba 150 pesos en comida, alcanzaba para todo, nadie se moría de hambre. La vida era más dura antes, pero, se vivía más feliz porque no había tanta delincuencia, uno dejaba el rancho solo y nadie robaba. Ahora no se puede dejar solo aquí. Ahora todo está más caro, pero se vive mejor en lo económico, ahora no hay pobres, la gente tiene zapatos.

Había dos negocios que se llamaban “El Atracón” era de Fabio Arce y “Atraquito”, Moncho Beita lo atendía. Tomábamos mucho licor y jugábamos bola (fútbol). Las bolas se hacían de vejigas de cerdo, se inflaba y se las dejaba flojonas, se picaba un palo de hule y se recogía la leche (savia), y se untaba la vejiga hasta quedar redonda.

La primera asociación fue la de Los Naranjos hace 30 años. Yo trabajé mucho en las escuelas, fui presidente, para recaudar plata se hacían ferias, turnos, carne asada, tamales y los bailes peseteados, cuando digo peseteado es porque una peseta, 25 céntimos, entonces tirábamos un mecatito e íbamos sacando a la mujer y cobrábamos una peseta por bailar. A veces se hacían 325 pesos por baile, la gente de otros pueblos se asustaba eso era un montón de plata.

Hoy tenemos caminos, hay agua, luz, servicio de bus, EBAIS, teléfonos y comodidades. El primer teléfono celular que hubo en Los Naranjos me lo envió mi hijo, la gente llegaba a llamar y los llamaban, a ese teléfono le hicimos plata. En cuanto a transporte la gente ahora tiene carrito y motos para desplazarse.

Siguiendo con la narración doña Lilliam comenta su experiencia en Biolley,

Cuando llegamos aquí éramos seis hermanos y mi familia. Cuando mis papás llegan acá había cuatro familias, Claudio Calderón con la mamá que se llamaba doña Digna, Victor Esquivel y la esposa doña Nina Madrigal,

mi hermana Mari Rodriguez Sibaja y luego mi familia que se vino. No había escuela, de aquí a Colorado no había casas, Biolley no existía.

A las mujeres nos tocaba ir a las quebradas con el agua hasta la cintura porque no había agua en las casas. Desde chiquillas íbamos a lavar a las quebradas. La casa tenía piso de tierra, nos ponían a lavar con boñiga y barro blanco el suelo, eso se hacía una capa dura, y así se ensuciaba menos. Me gustaba pasear porque en los paseos nos daban un huevo duro entero, en casa uno nunca podía comer un huevo entero o una tajada de plátano, solo eran pedacitos. Las mujeres solo íbamos al río, no había diversiones, por eso nos casábamos pequeñas, yo me casé de 15 años. Nosotros tuvimos cinco hijos, todos fueron a la escuela, pero al colegio solo dos. Los doctores llegaban a Potrero Grande una vez al mes o una vez cada dos meses. Había que preparar un caballo, la gente iba a retirar leche hasta Potrero Grande, y se duraba tres horas solo para ir. El hospital estaba en Pérez Zeledón, era una vida muy dura, vino un señor y vio a mi hija y me dijo esa niña está enferma, al día siguiente nos fuimos para San Isidro, ella tenía mes y medio y había bajado de peso, el doctor Miranda la vio y la envió para San José, la dejaron internada un mes y ocho días. Después tenía que llevarla a cita cada 22 días, yo tenía que ir a Paso Real a pie, una hermana o mi mamá me acompañaba de aquí a Paso Real, pasábamos los ríos con canaleta, y durábamos de aquí a Paso Real a pie cinco horas, de ahí tomábamos la casadora (microbus, bus).

Siguiendo con la historia don Vicente recordaba,

En ocasiones yo iba al monte, desde el sábado me iba a la montaña, dormía allá, llevaba una cobijilla y los perros y me quedaba allá. Yo comento con un hijo mio que extraño que ahora no se puede “montiar”, es que en aquellos años yo me iba y monteaba, me llevaba una carabina al hombro, mataba un saíno y me venia por media calle y me decía el guarda mira montió, pero ahora el MINAE si lo agarra a uno se lo lleva preso.

La gente se dedicaba a tener gallinas y cerdos, siempre teníamos para comer, un cerdo de 100 kilos antes valía 100 colones. Me dediqué a la agricultura toda la vida me he dedicado a sembrar y me ha gustado mucho el ganado, los pollos, los cerdos, me gusta que haya de todo. Yo tenía una finca de 75 hectáreas, cuando la compré les dije que si la terminaba de pagar la dividía entre mis hijos. Uno de mis hijos vive en Estados Unidos desde hace 23 años, allá se casó.

La salud comunitaria en Biolley, la historia de una enfermera obstetra, pero conocida en Biolley como la “odontóloga”, doña Lillian Solt.

Llegué a Biolley hace 42 años, a inicios de la década de 1980. Era una comunidad sumamente difícil de acceder, mi deseo era trabajar con las comunidades e ir formando promotores de salud, pero en Costa Rica no lo permite el Ministerio de Salud, entonces se planteó como la formación de líderes de salud. Yo comencé a entrar con Caravanas de Buena Voluntad, en Biolley se había hecho un puesto con un agrónomo, una trabajadora social y yo como enfermera y comenzamos a trabajar con los líderes de salud. y trabajé con ellos por casi cinco años. El gobierno nos había pedido ayuda para darle continuidad al tema de salud, pero los caminos eran terribles, a paso de hombre de Tablas hasta Colorado eran cuatro horas, y un barrial horrible. A los cinco años de trabajo Caravanas consideró que ya era suficiente trabajo y que había que retirarse. Pero, yo ya tenía un vínculo bastante fuerte con las comunidades y con la iglesia evangélica que estaba en Colorado, y no quería salir. Caravanas decidió que ya era suficiente, no se había logrado el agua potable ni los líderes de salud.

Al salir Caravanas yo logré conseguir un financiamiento con la misma gente que financiaba Caravanas y fundé CEDCAS que es el Centro de Educación, Capacitación y Atención en Salud, y se decidió trabajar en la promoción de la salud y no tanto la curación. Trabajé con cinco líderes de salud, uno en cada comunidad, en Sábalo, Colorado, Altamira y Biolley, no recuerdo el quinto. La señora Carmen Lara fue mi contraparte en Biolley. También se empezó a trabajar con la organización Asociación de Mujeres Organizadas en Plantas Medicinales de Colorado, AMOPLANCO, cuyas plantas podrían servir tanto para la prevención como la curación. Se trabajó con mujeres, porque es una forma de integrar a toda la familia.

Uno de los primeros proyectos fue el agua, ya que en Colorado era horrible. Caravanas entraba cada seis meses solo para desparasitar a las personas. Mucha gente en Colorado no sabe que nosotros fuimos, CEDCAS y la iglesia evangélica que estaba en Colorado, con Rafa Lara, Camilo Ulate y mi persona los que impulsamos el acueducto. Se consiguió un financiamiento de la iglesia presbiteriana y con esos primeros dineros se comenzó a trabajar. El AYA nunca les ponía mucha atención a los campesinos que llegaban de lejos, pero cuando CEDCAS se reunió con ellos la actitud comenzó a cambiar. Algunas personas de las comunidades empezaron a buscar fuentes de agua y se encontró una que estaba en la montaña, en una propiedad privada fuera del parque nacional, se logró expropiar y se protegió el ojo de agua. Eso fue toda una odisea porque los materiales hubo que subirlos en carretas con bueyes, a veces ni caballos subían, tenían que llevar cemento, arena para hacer esos tanques azules. ¡Completar el acueducto tomó 18 años! desde que nosotros iniciamos con el primer comité de cañería hasta tener agua potable. Ese fue el primer logro en que participó CEDCAS.

En una consulta sobre las necesidades reales, otro tema que surgió fue la compra de un camión para sacar la cosecha de café. Por medio de una donación de US\$10,000 de la Embajada de Canadá, se pudo comprar un camión, era altísimo y podía transitar por el barro. Ese camión realmente ayudó a los campesinos porque cada productor tenía caballos y cada caballo podía transportar dos sacos, bajaba cuatro horas con dos o cuatro caballos y después subir a la montaña, era un proceso larguísimo. Esos dineros conseguidos fueron semilla, no para todo el proyecto, pero un aporte valioso para resolver un problema. Y dos líderes que siempre estuvieron ahí son Mainor y Jimmy, que trabajaron duro en el tema de los caminos y otras obras. Este fue otro logro de CEDCAS con la gente de las comunidades.

Allá por 1999 se comenzó otro proceso, esta vez con la Caja del Seguro Social. La Caja tenía la obligación de entrar a velar por estas comunidades del distrito Biolley, ya Caravanas no estaba y CEDCAS se concentraba

en la prevención, pero faltaba la parte curativa. En el tema de salud en Biolley hubo cuatro pilares fundamentales, CEDCAS, Minor Sibaja como comunidad y otros líderes que estaban en los comités de salud, un edificio ya construido y la Caja. El llevar la salud curativa al distrito tomó casi tres años.

Otro proyecto en que participó CEDCAS fue la legalización de la Asociación de Mujeres Organizadas de Biolley, ASOMOBI y AMOPLANCO. Este trámite era vital para poder acceder a las entidades de gobierno y las ayudas que se podían canalizar a la comunidad. En ASOMOBI, el café que se producía se tostaba en las casas de las señoras lo que generaba problemas respiratorios como asma y alergias, además se usaba leña. Como eso era un problema de salud, a CEDCAS le interesó el tema. En conversaciones, el grupo de mujeres me solicitó que consiguiera una máquina tostadora de café, entonces se convino que yo realizaba la búsqueda de una tostadora y ellas se encargaban de reunir dinero para pagar por esa máquina. Un amigo cafetalero de San José contribuyó en eso y finalmente se instaló en Biolley. Las primeras experiencias de tostado fueron un desastre. El tostador se pagó con café, y eso generó otra necesidad, el contar con electricidad para una instalación de tipo más industrial, y nuevas gestiones con el Instituto Costarricense de Electricidad.

El distrito y Biolley avanzaba y ya se podía llegar y llevar grupos, pero no había donde alojarlos, y los grupos con los que yo estaba trabajando eran de unas iglesias evangélicas y querían quedarse juntos, pero no había una posada. Se hizo otro proyecto, y se solicitó ayuda a la iglesia presbiteriana para construir una posada en una planta alta, con una panadería y restaurante en la parte baja, así hacer comidas y venderla, y alojar a las personas (eso fue en el 2002). La misma comunidad aportó mucho, hubo mucho voluntariado, y con ese financiamiento se hizo la primera posada (esa posada que tenía múltiples usos se quemó en el 2012).

Ese ha sido el aporte de CEDCAS a través de estos años, la comunidad dio mucho. Tengo que decir que Minor, Jimmy, Laura, doña Hortensia fueron pilares en ayudar y construir. También doña Nena, que ya pasó a la gloria, han sido esos pilares que nos facilitaron ayudarles y seguir creciendo. Así que, más o menos esa es mi historia.

Algunas reflexiones



En la fotografía, de izquierda a derecha, Priscila Mena García, Daniel Rojas Angulo, Bienvenido Álvarez Rojas, Mónica Ramírez Villafuerte, Danilo Loría Mena, Álvaro Jiménez Alvarado, Silvano Monge Navarro, Minor Sibaja Loría, Marjorie Sibaja Rodríguez, Brunilda Batista Santos, Elio Altamirano Carrasco, José Altamirano Santos, Jimmy Ureña Quirós (fotografía Tirso Maldonado Ulloa).

Al concluir las presentaciones se generó un espacio para comentarios y reflexiones. Sin entrar en la narrativa textual, se presentan en forma resumida los principales aspectos de lo que se generó en la conversación entre vecinos y gente de la comunidad. Se omiten los nombres de las personas que hicieron los comentarios, en aquellos que la narrativa es más personal se indica en cursiva, en la escritura se trató de mantener la línea narrativa de los “hablantes”.

- Las historias hacen una breve reseña del origen de las primeras familias de Biolley, el esfuerzo y el trabajo desarrollado. Muchos habitantes provenían del norte de Costa Rica o del otro lado de la frontera en Panamá.
- Las dificultades de acceso de un principio se fueron superando con el pasar de los años, pero ese acceso también cambió la dinámica hacia adentro de la comunidad. El ingreso de otros al distrito ha significado mayores cuidados ante hechos delictivos como el robo o el narcotráfico.
- La accesibilidad ha hecho perder, entre otros, la cultura, las tradiciones y la seguridad. El pueblo, la unión de la gente, la parte organizativa ya no es como antes.
- En la producción se era más colaborativo, lo que se producía se vendía entre la gente de la comunidad, como el arroz, el maíz, los frijoles, el tiquisque, la yuca, y todo eso. El trueque era más frecuente entre los vecinos, si alguien no tenía frijoles hacía trueque por otro producto, o se prestaba la cantidad necesaria hasta que llegara la cosecha y se retornaba. Ahora, hacer eso es muy difícil.
- En cuanto a las familias, los niños eran mucho más respetuosos. Se respetaban los espacios de los adultos. Ahora prácticamente los niños interfieren en todo, e incluso contradicen lo que sus padres puedan estar comunicando.

-
- En cuanto a los juegos tradicionales ya ni siquiera se practican (yaxes, trompos, bolinchas) y los teléfonos celulares han reemplazado el tiempo de juegos y compartir con otros niños. Ahora todo debe ser comprado, es una generación del plástico, y los niños ya poco usan la imaginación. En décadas pasadas posiblemente una muñeca “Barbie” se hacía con hojas de elote, mazorcas y el pelo de los elotes tiernos se transformaba en pelo de las muñecas.
 - La llegada de la electricidad transformó las relaciones sociales y la comunicación. Antes de que se electrificara el distrito la gente convergía en la pulpería de Verónica, esa pulpería tenía un motor que generaba electricidad, generalmente la gente llegaba a ese sitio a las cinco de la tarde y se iba entre las siete u ocho de la noche. No llegaban algunos a la pulpería, llegaba todo el pueblo. La pulpería era el centro de reunión, de mensajería, de convocatorias. Eso se perdió.
 - En el ámbito religioso, la iglesia congregaba, la mayoría sacaba el día para ir a la iglesia. Los hombres iban a la pulpería (las mujeres tal vez), pero las mujeres y los niños sí iban a la iglesia. Entonces había sitios de reunión. Ahora la gente se reúne ante el televisor, cada uno en su casa.
 - Con el proyecto de turismo rural comunitario esto puede cambiar. La cercanía, la integración, este tipo de cosas son negocio, se convierten en negocios, aunque sea por interés. *Pero, es interesante porque ahorita que estamos empezando a promover esta parte, ya la gente, digamos nosotros le prestamos más cuidado y digo nosotros todos, tanto los jóvenes como los viejos, porque los mismos jóvenes se dan cuenta que aquí puede hacerse una forma de vivir.*

-
- El que llegue el turismo aquí es importante y lo clave es que la gente se sienta atraída por el pueblo, por la comunidad, y *la gente de fuera sienta que nosotros aquí en la comunidad vivimos todavía así, todavía vivimos esa hermandad, eso es lo que a la gente le llama la atención.*
 - Al menos yo, cuando llegan a entrevistarme yo digo *esta es la miel de Minor y esta cúrcuma la hace doña Hortensia y entonces la gente dice, pero ustedes comparten, sí y la gente llega a la Oruga y ven las bellezas de Biolley, entonces digamos como que todavía nosotros mantenemos una cierta unidad.*
 - Tenemos que aprovechar las oportunidades más bien para fortalecer eso. Por ejemplo, *este local (soda de don Bienvenido) yo no lo conocía porque uno siempre pasa soplado por aquí, pero que interesante es que Bienvenido tenga esto aquí y que nosotros lo podemos promover para que la gente pase, pero que la gente llegue y vea que hay café y que pueden comprar tanelas, porque digamos pan en cualquier parte se puede conseguir, pero si a usted le ofrecen un pan diferente, ¡ah! que interesante.*
 - *Las Moya (en El Campo) que empiecen a vender las cosas que ellas venden aquí, más bien cuando la gente diga ¿dónde hacen esto?, ¿de dónde lo traen?, ¡ah! es de una vecina guanacasteca que vive a los 100 metros, ¿quieren ir a conocer?, ¡diay! Vale ₡2500 el tour. Ves, ya empezamos nosotros a vender lo nuestro, a darle valor a lo que tenemos.*
 - *Es lo mismo que Danilo con lo que nos enseñó de la galera. Comenzamos a tener cosas que podemos compartir, entonces eso nos va a fortalecer a nosotros, pero también nos va a servir porque también son entraditas de plata, eso es lo que pensamos con el turismo rural.*

-
- *Un comentario sobre esto es mencionar que, en la Casa de la Cerveza, están llegando grupos, al menos un grupo cada ocho o quince días, y eso significa algunos ingresos económicos que entran, con ello se puede comprar más miel a Minor. Por eso es importante que la comunidad se una más, que se entienda toda esta historia, para que con esto se tenga la posibilidad de fortalecer las cosas buenas que han pasado.*

Anexos

Anexo 1. Algunos aspectos generales de la historia del distrito de Biolley

- Al distrito de Biolley se le llama así a partir de Paul Biolley Matthey, educador, naturalista nacido en Suiza (1862), radicó en Costa Rica la mitad de su vida, a la cual llegó en 1886. Desarrolló labor científica y docente. Fue profesor de filosofía, latín, griego, ciencias físicas y naturales en el Liceo de Costa Rica, el Colegio Superior de Señoritas y el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago (Díaz, R. s.f., Difusión histórica: Paul Biolley Matthey y su aporte al desarrollo de las ciencias naturales en Costa Rica. <https://www.historiauned.net/profesor/editar/640-difusion-historica-paul-biolley-matthey-y-su-aporte-al-desarrollo-de-las-ciencias-naturales-en-costarica>).
- La historia del distrito de Biolley inicia aproximadamente en la década de 1960, con la instalación de la Compañía Gromaco S.A, la que era un aserradero que fungía como fuente de trabajo en la zona, ya que proporcionaba trabajo a unas 600 personas quienes se desempeñaban como peones. Además de la extracción maderera la compañía se dedicó a sembrar café asociado con remanentes de bosque natural (café forestal).
- Las localidades de Los Naranjos y La Puna, comunidades pertenecientes al distrito, fueron fundadas casi en la misma época que la Compañía Gromaco, es decir alrededor del año 1964. Los Naranjos para esa época recibía el nombre de Palo Alto en donde se ubicó la primera escuelita del distrito de Biolley, la cuál era un ranchito de palma, además de la existencia de lo que se llamaban los comisariatos (negocios) en ese entonces. Con los aserraderos y sus productos se hicieron muchas de las viviendas (casitas) de la zona.

-
- La comunidad de La Puna contaba con una plaza de fútbol ubicada en el Cruce de los Manzanos y el río Colorado, cruzando este río se encontraba un negocio llamado “La Pata de Chanco”, en ese tiempo los caminos eran de tierra y potreros, hasta cierta parte (trochas) que se podían cruzar solo a caballo.
 - Aproximadamente en 1968, la compañía Gromaco dejó de ser exitosa al menos en el distrito, en ese momento se escuchaba que fue por robos de dinero que comenzó a fracasar de manera muy lenta. Pero, ahí fue quebrando poco a poco, al inicio nadie tocaba nada porque los “gringos” bravos eran de Colorado (Estado de Colorado en Estados Unidos) y entonces se respetaban, pero cuando se dieron cuenta que ya la Compañía no funcionaba las comunidades tomaron confianza y comenzaron a robarse las herramientas hasta que desapareció la compañía (relatos de la gente local).
 - La población, además de trabajar en Gromaco, se dedicaba a actividades como el comercio de granos en las diferentes comunidades del distrito tales como el arroz, el maíz, los frijoles, y los tubérculos entre otros productos que se cultivaban. Una de las actividades que se ha realizado siempre acá es el cultivo de café, que ha permitido cubrir las necesidades de las familias.
 - En la parte organizacional es relevante rescatar el surgimiento de la asociación Los Naranjos en 1976, la cual sus líderes consideran que fue la que impulsó el desarrollo del distrito tanto en la construcción de caminos e infraestructura de la zona, que ha sido pionera destacando así la fuerza participativa, el interés de organización del distrito para su representación en gestiones para el mejoramiento comunitario.

-
- Fueron tiempos difíciles, no había caminos de lastre, había que entrar solo por potreros o por caminos de tierra. En ese tiempo los madereros los mantenían un poco mejor para trasladar los materiales, pero eran unos pegaderos, unos barriales demasiado feos y la única salida a la comunidad era hacia Potrero Grande (actualmente aún lo es). En la época de verano la gente se la “jugaba” (se arriesgaba), pero en invierno (época lluviosa) era terrible.
 - Cuando se salía para San Vito, siempre se salía a pie (se duraba dos horas en la noche en tiempo frío, pero en el día hasta tres horas) o a caballo ahí a Las Tablas o a Guácimo y de ahí se agarraba el bus para ir a San Vito y volvía a entrar. Yo no sé cuántas veces lo hicimos a pie, ya cuando uno logró tener una bestia y poder pasar a caballo, “ya se sentía uno que no quería volver a ver a los demás porque se sentía orgulloso de verdad”.
 - En aquellos tiempos, no se conocía la electricidad. Cuando aquí se logró en Colorado, por primera vez hubo unos bombillitos ahí fue porque alguien tenía una planta, después se hizo una, había una Pelton para chancar café, entonces por ahí se ponían unos cuatro bombillos porque si le ponían muchos se apagaba. Pero, por mucho tiempo uno se alumbraba con candelitas.
 - Un momento clave en la historia del distrito fue la declaración de la creación del Parque Internacional La Amistad en 1982. Esto con el objetivo de conservar y proteger la gran diversidad biológica abarcada en casi 200 mil hectáreas de bosque en el lado costarricense.

-
- El distrito de Biolley entre 1991-1993 logró obtener los servicios de agua y la luz. Algunos años antes de esto se dio la construcción del Cen-Cinai (Centros de Educación y Nutrición y Centros Infantiles de Atención Integral) y posterior a este se construyó el EBAIS (Equipos Básicos de Atención Integral en Salud) llamado “Casa Salud”, donde se hacían largas filas de personas provenientes de la comunidad de La Puna quienes viajaban de madrugada a caballo para ser atendidas.
 - Actualmente hay cuatro asociaciones que son: La Asociación de Desarrollo Integral de La Puna, la Asociación de Desarrollo Integral de Distrito de Biolley, la Asociación de Desarrollo Integral de El Carmen, Asociación de Desarrollo Integral de Altamira y San Isidro.
 - Hay que destacar que en el distrito Biolley hay alrededor de 40 atractivos turísticos entre los que se hacen notar, Posada Cerro Biolley (Albergue de Turismo Rural), la Casa de la Cerveza, La Oruga, Albergue AsoProLA, el Jardín Coffea Diversa que se encuentra o limita con el Parque Nacional La Amistad, y otros que caracterizan el dinamismo y particularidades de la zona que no es tan frecuente en Costa Rica.

Anexo 2. Invitación conjunta



Anexo 3. Metodología

Idea: conversación entre académicos Tirso Maldonado Ulloa y Priscila Mena García y líderes locales, Minor Sibaja Loria, Jimmy Ureña Quirós, Álvaro Jiménez Alvarado

Invitación conjunta: académicos UNA y líderes locales

Lugar de reunión: El Campo, sugerido por líderes locales

Grabación de audio de las presentaciones: Tirso Maldonado Ulloa y Priscila Mena García

Transcripción: apoyo de estudiante asistente Jeanneth Cortes Lacayo

Edición: Tirso Maldonado Ulloa y Priscila Mena García

Revisión por participantes: Daniel Rojas Angulo, Bienvenido Álvarez Rojas, Mónica Ramírez Villafuerte, Danilo Loría Mena, Álvaro Jiménez Alvarado, Silvano Monge Navarro, Minor Sibaja Loría, Brunilda Batista Santos, Jimmy Ureña Quirós

Edición final: Tirso Maldonado Ulloa y Priscila Mena García

Fotografías: Tirso Maldonado Ulloa
